

## PRESENTACION ATENEO DE MADRID

(04/11/03)

Buenas tardes a todos y muchas gracias, Alejandro, por haber aceptado introducir este acto. Gracias será sin duda la palabra que más veces repetiré esta noche.

El Ateneo de Madrid es un fragmento vivo de la historia y la cultura de España. En sus paredes cuelgan algunas obras maestras de la pintura del siglo XIX y comienzos del XX. La biblioteca y la hemeroteca contienen documentos irremplazables. Las salas de lectura conservan gran parte del mobiliario de la época. Lo mismo que el despacho de Azaña. El próximo enero se reabrirá, rehabilitado, el anfiteatro, también llamado el "Parlamento bis" durante casi cien años. El programa de actividades es amplio y variado. Los casi cuatro mil socios usan las instalaciones los siete días en semana, de nueve de la mañana a doce de la noche. El Ateneo, nos comentaba hace unos días Alejandro, solo cierra tres días en el año.

Presentar mi primer libro aquí me produce una emoción especial.

Cuando me puse a pensar como sería mi intervención en este acto dudé entre improvisar, como me pedía el corazón, o escribir y leer, como me proponía la cabeza.

Me escapé de la duda diciéndome que si la amistad o la curiosidad traían hasta aquí a alguien ya tarde en la tarde de un martes de noviembre madrileño, desafiando la pereza, el clima impredecible, o las competiciones europeas de fútbol, yo debía corresponder escribiendo algo específico para la ocasión. Y me prometí que la primera frase sería para darle – para darles a todos ustedes - las gracias por haber venido.

Gracias que hago extensivas, claro, a quienes, presentes o ausentes, inspiraron, a veces por caminos imprevisibles, algunos de los relatos que componen este libro.

A Pedro Caba sin cuya amistad de muchos años y nuestra época de viajes juntos por Centroamérica no habría encontrado el impulso para imaginar *"Lágrimas de Cocodrilo"*.

A Marisol Marín, quien una noche en La Habana nos contó a un grupo de amigos cómo, siendo corresponsal de agencia en Lima, le habían secuestrado en la redacción a punta de pistola para obligarles a retransmitir un comunicado delirante. *"Secuestro de una noticia"* es una historia que ganará mucho, por cierto, cuando sea ella misma quien lo escriba.

A Pilar Perez-Fuentes por su indescifrable habilidad para hacerme pensar sintiendo y sentir pensando, una nueva forma de ver de la que relatos como *"Luz interior"* y *"Jackson Square"* se han beneficiado mucho.

A Octavi Quintana, que del infierno de las masacres de Ruanda y de los horrores de la guerra en Bosnia rescató al personaje central de *"El*

*Gafe*”, un médico solidario y desgraciado cuya característica más destacada es que fue real.

A Priscilla Rivas-Loria, de cuyo dolor y valentía para ayudar a su marido muerto a morirse del todo fui albacea tan emocionado como involuntario.

Y a José Luis Guijarro, una parte de cuya personal biografía he utilizado en *Cosas que pasan* sin pedirle antes permiso. Confío que sabrá perdonarme.

Gracias muy especiales se las debo, desde luego, a Jorge, que aceptó leer, prologar y presentar hoy aquí el primer libro de un escritor novato a quien no conocía. La cosa tiene mérito doble porque yo me he metido de rondón en su agenda justo cuando él andaba ocupado en promocionar *“La batalla del Ebro”* que es su última obra. Y la más ambiciosa. Aun así leyó de un tirón mis cuentos y les escribió un prólogo

como únicamente los escritores de casta saben hacerlo: de un solo trago, sin hielo y sin agua.

Gracias también a José Manuel Freire, que hizo de inesperada Celestina entre nosotros.

Y a Luis Acebal, quien me parece el más directo causante de que este libro vea la luz pues me puso en contacto con Paqui y el resto de los amigos de Ex-Libris, una editorial pequeña pero muy especial ¿Me creerán si les digo que les importan los autores? ¿Y que les interesa el libro como objeto cultural, como vehículo de cultura y de conocimiento? Pues ése ha sido mi inesperado y agradable hallazgo.

Este libro muy bien pudo haberse llamado "Encuentros", o "Cuentos de uno y otro lado", o "Cuentos Compartidos" que son los títulos de las tres colecciones de relatos que he logrado completar hasta ahora. O, también, echando mano de un recurso tan legítimo como gastado, titularse como una de las doce historias que lo componen.

Pero la misma madrugada que terminé de armar la selección que hoy presentamos, una frase con música propia se me coló en la memoria sin pedir permiso, y era una frase en inglés cuya traducción al español le mejoraba incluso la sonoridad y el sentido: "They say that remember..." ("Dicen que recordar...")

Recordé vagamente que era el estribillo de una canción famosa durante los años setenta, una de cuyas posteriores estrofas le precisaba el alcance: "It's living again..." ("Es volver a vivir..."). Estribillo y melodía me corretearon sin desmayo los pasadizos del sueño y no pude librarme de ellos hasta que a la mañana siguiente me levanté más temprano que de costumbre, no solo para ponerle ese lema al libro sino para que fuera, asimismo, el mensaje central y el título del último cuento.

Luego me tomé un café, le envié el libro a Paqui por correo electrónico y esperé. Mientras esperaba me asaltó una duda: ¿qué portada llevaría el libro? Escolarizado en una época en que se iba poco

al cine y había poca televisión (y toda ella en blanco y negro) las portadas de los tebeos y de los libros ilustrados para niños fueron mi primer y principal reclamo para la lectura. Tanto el mundo editorial como el de los medios audiovisuales han cambiado mucho desde entonces, pero yo no creo haberme librado por completo de la impresión de que los libros se venden sobre todo por su portada.

Paqui me había hecho llegar el número uno de la colección recién lanzada por Ex Libris, y la portada era una una foto en sepia del guarda de un coto de caza junto a su familia tomada, en consonancia con el argumento, hacia finales de los años cuarenta.

Ella me había dicho que querían matener el diseño de la colección y que la portada iría así: sin sangrar y sin ventana, con una foto cruda, y el título y el nombre del autor en letras blancas sobre banda negra. Y me había pedido que le consiguiera algunas. Tras mucho rebuscar le envié dos, con el íntimo convencimiento de que la vista panorámica de

Guanajuato, que Pilar tomó desde el monumento al Pípila, era la que mejor se ajustaba.

Guanajuato es una de las ciudades más fotogénicas que conozco. Y de las más fascinantes. En sus afueras aún funciona La Valenciana que, con permiso del cerro rico del Potosí, sigue siendo la mina de plata más famosa del Nuevo Mundo. A finales del siglo XVIII Humbolt afirmó que la sola producción de un año bastaría para financiar la flota española de Indias. Guanajuato es la ciudad natal de Diego Rivera, y sede de un museo dedicado a El Quijote y de un festival cervantino más conocido en el resto del mundo que en España. Alberga, además, un museo de momias de indescriptible factura, inspirador de varias películas, todavía no está del todo claro si de verdadero terror o del género cómico. Y pasear por sus calles es un desafío a la imaginación pues seguramente se trata de la única ciudad del mundo donde los guardias urbanos dirigen el tráfico provistos de unos silbatos tritonaes que transforman los bulliciosos cruces de calles en algo muy parecido a una clase de solfeo, y

donde peatones y automóviles pueden circular con comodidad por las alcantarillas.

Pero en opinión de Pilar y mía aquella foto representaba algo más. Porque contemplada a la distancia muy bien podía ser de Bogotá o de El Cairo, de Caracas o de Benarés, de Tánger o de Río. A comienzos del tercer milenio, en las grandes ciudades de América Latina, de Asia y de Africa se agolpan, en condiciones precarias, y a menudo infrahumanas, millones de personas.

Su número progresa imparable. Cada vez más, para lo bueno y para lo malo, las megalópolis del subdesarrollo caracterizan el mundo en que vivimos. Allí nacen, viven, se desesperan, se reproducen, sueñan, se asesinan (o los asesinan), se educan, crean, emigran, progresan (si pueden), envejecen y mueren seres humanos a los que, de tanto verlos como anécdotas en los noticiarios, nos acostumbramos a no mirar; cuyas tragedias no por repetidas tienden a amainar; y cuyo número creciente y cuya imparable tendencia a buscar un hueco al sol entre nosotros aún a

riesgo de jugarse (y en ocasiones perder) la vida, nos incomoda. Cuando no nos asusta. ¡Si hasta en la civilizada Suiza un partido de la extrema derecha xenófoba acaba de ganar el mes pasado las elecciones parlamentarias!

Ciudades cargadas de vida, olorosas, espesas, falsamente caóticas, ellas se rigen por un orden que, no siendo el nuestro, se nos resiste. Ciudades cosidas con costurones gruesos de dolor y de esperanza. ¡El Cairo de Nazhif Maghub; el México de Hector Aguilar Camín, el Bombay de Salman Rushdie, la Buenos Aires, arrabalera y misteriosa, de tantos y tantos...! Sus tamaños acongojan. Su diversidad asombra. Su ritmo embriaga. Y si no ofusca, estimula.

Pues no hay literatura sin diversidad. Ni diversidad sin vida. Ni vida sin el Otro y los otros. Y los otros tienen sexo, y género, y color, y religión e idioma. Reconocerlos y aceptarlos tal como son significa, sin duda, un primer paso. Darlo nos enriquece. A mí, al menos, escribir y viajar - que es otra forma de leer pero en voz más alta - me han ayudado a eso: a

comprender que todos somos, a la vez, emigrantes e indígenas. A comprender mejor a los otros. Y, de paso, a entenderme mejor a mí mismo.

Hace poco Susan Sontag en su discurso de aceptación del Premio de la Paz de los editores y libreros alemanes sostuvo que “la literatura es la historia de la respuesta humana a lo que está vivo o moribundo a medida que las culturas se desarrollan y relacionan unas con otras. Los escritores – prosiguió – algo pueden hacer para combatir esos lugares comunes de nuestra alteridad y nuestra diferencia, pues los escritores son hacedores, no solo transmisores de mitos. La literatura no solo ofrece mitos sino contramitos, al igual que la vida ofrece contraexperiencias: experiencias que confunden lo que creías creer, sentir o pensar”

Yo no tengo una idea precisa sobre lo que pueda ser la literatura, y dudo que alguien me considere un escritor. Pero intuyo, como la Sontag, que no basta con que los pregones del último carnaval de Lavapies se hayan leído en español, árabe y en chino. O que los niños y niñas de las

dieciocho nacionalidades distintas que asisten a un colegio público de ese mismo barrio pongan en común, una vez al mes, música y ritmos. Que no basta con aceptar y, a veces, acentuar la diferencia.

De hecho, el multiculturalismo de la mera aceptación, de la tolerancia pasiva, tiene sus límites y sus trampas. Con frecuencia fomenta la afirmación por oposición. Y oponiéndote, una vez y otra también, te acabas confrontando. Y, de hilo en ovillo, de pensar como Otro al Otro se pasa, con facilidad, a sentirlo y pensarlo como adversario. Y después como enemigo. Ninguno estamos a salvo, de una vez y para siempre, de semejante deriva.

Porque al tiempo que se define (y defiende) la propia identidad hay que buscar lo que une, lo que genera proyectos, lo que llena de vida. Cuando frente al racismo brutal y agresivo oigo predicar el multiculturalismo como solución omnipotente recuerdo algo que aprendí durante mi estancia en los Estados Unidos. Y es que en el fondo de la mayoría de los multiculturalismos al uso subyace una concepción

estática, de grandes espacios vacíos donde aún es posible fantasear con múltiples tribus coexistiendo sin apenas rozarse. Casi sin verse. Una concepción estática, segregadora, generadora de guetos, moderadora temporal si se quiere. Pero en modo alguno eliminadora de nacionalismos reactivos más o menos larvados.

Sin pretenderme especialista en el tema me parece mejor y más creativo el mestizaje integrador, hecho de un diálogo enriquecedor que pone sobre la mesa, sin concesiones ni falsos paternalismos, el debate acerca de lo positivo y lo negativo de cada cultura en presencia, del peso de sus respectivas aportaciones a la común causa de la libertad y la convivencia entre los seres humanos. Un diálogo crítico y autocrítico, que no elude dificultades y problemas, teñido de universalismo. Tal vez ésta sea también una buena manera de reconciliarse con uno mismo.

Sobre algo parecido ha versado, por cierto, el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua de José Manuel Sanchez Ron que no es un político, ni un filósofo, ni un literato, sino un historiador de la ciencia.

(¿Habrá que seguir insistiendo en que también la ciencia es cultura?) Se titula *Elogio del Mestizaje: historia, lengua y ciencia*, y constituye un encendido elogio del valor liberador de la ciencia, y del respeto e interés por “los otros”.

Se lo recomiendo de veras. Pues su autor desconfía como yo del mestizaje de las razas, concepto éste con frecuencia dañino o, al menos, peligrosamente equívoco aplicado a nuestra especie. Y en un sugerente ejercicio de mestizaje de géneros tan alejados como la tecnología y la novela, introduce con notable propiedad en el discurso reflexiones y diálogos de personajes imperecederos de Borges, Delibes y Cervantes.

Pero dejemos la cuestión del mestizaje – que me temo se está poniendo peligrosamente de moda - en manos más doctas que las mías y volvamos a lo que nos convoca.

En su reciente libro de memorias *Vivir para contarla* Gabriel García Márquez confiesa que él nunca lee sus libros después de publicados. La

excepción fue *La hojarasca*, la primera de sus novelas que, en edición mutilada, le publicó la editorial Losada, y con la que una buena mañana se topó de improviso en un baratillo callejero. El susto que se llevó al releerla le impulsó a comprar todos los ejemplares que pudo encontrar con el manifiesto e imposible propósito de retirarla del mercado.

De pasada diré que nunca creí que corregir pruebas de imprenta fuera tan duro. Creo haber enviado mis correcciones a la editorial en un tiempo record gracias a un método infalible: releerlo todo varias veces de cabo a rabo. Pero quedé agotado. Al final, más allá de los indispensables, no hice demasiados cambios. Pero sí los suficientes para recomendar que nadie en su sano juicio se ahorre esta dura etapa. Pues no concibo mayor ejercicio de humildad, ni tarea más provechosa para quien escribe que enfrentarse al texto propio como si fuera de otro.

Lo cierto es que, desde entonces, no he vuelto a leerlos. Y no creo que lo haga. Tras la fatiga de corregirlos y corregirlos, supongo que mi subconsciente prefiere darlos irremisiblemente por perdidos. Y que mi yo

consciente espera y desea que se los apropien otros. Siempre intuí que, una vez publicada, la obra literaria no es ya más de su autor sino de quienes manifiestan la peligrosa curiosidad o la despreocupada osadía de asomarse a sus páginas.

Hace unos días una amiga me preguntó: - "Entiendo que escribas, pero ¿por qué publicas? Salvo que te consideres un fuera de serie – ahí ella jugaba con la ventaja de saber que no era el caso - ¿no hay ya suficientes libros en las librerías? ¿No están saturados los catálogos editoriales de nuevos autores, nuevas colecciones, nuevos títulos, que brotan como hongos con las primeras lluvias de otoño? Y en su gran mayoría ¿no te parecen irrelevantes o, en el mejor de los casos, puramente efímeros?"

No pude responder a esa pregunta. La respuesta probablemente tiene mucho que ver con la casualidad y poco con lo racional. Confieso que tras una catastrófica experiencia como autoeditor de un inevitable libro de poemas juveniles, siempre he tenido miedo a publicar. Hace

años, en la introducción del *"Pedro Páramo"* para la "Biblioteca personal", Borges observó que "Emily Dickinson creía que publicar no es parte esencial del destino de un escritor". Y, también, que "Juan Rulfo parece compartir ese parecer". Kafka, recuerdo, era de la misma opinión y si no hubiera sido porque Max Brod, su amigo y albacea literario, se negó a seguir sus últimos deseos y a destruir sus manuscritos, habría quedado prácticamente inédito.

(Por cierto, solo hace poco he sabido que el Instituto Nobel tiene declarado a *"Pedro Páramo"* como una de las 100 obras de ficción más importantes de la historia de la humanidad. Quiero creer que *"El Castillo"* o *"El proceso"* están también en esa lista. Sin embargo, dudo que los infinitos poemas breves de la "dama de blanco" hayan merecido semejante honor. ¡Cuánto me gustaría equivocarme!)

Quiero decir que incluso ahora sigo sin saber qué me ha impulsado a publicar estos relatos. Cuando Luis Acebal le habló a Paqui de mí le dijo que yo tenía una lista novela. Cuando ella y yo nos encontramos le

propuse publicar un libro de poesía. Me respondió que Ex-Libris llevaba años publicando poesía con escaso éxito y que, por favor, le enviara la novela. Se la envié, claro. Y cuando al cabo de unos días me dijo que la publicarían, le envié el libro de cuentos e insistí en que lo sacaran primero.

Para ello aduje razones varias, probablemente todas ciertas. Pero la verdad de la verdad es que yo llevaba un tiempo convencido de que se puede ser un aceptable escritor de fin de semana si uno compone poemas, o artículos cortos, o relatos breves. Pero que escribir novelas requiere mucho más que eso. Los casi dieciseis años que me costó terminar la mía me han persuadido de que, salvo excepciones, se trata de una tarea abrumadora. Y no me sentía - no me siento - aún seguro de quererla afrontar con todas sus consecuencias.

Volviendo a la pregunta de mi amiga, en mi descargo diré que publicar ahora este libro me ha producido una alegría especial. Un

sentimiento que se ve reforzado por el hecho de estar hoy aquí con ustedes, compartiendo estos momentos y estas reflexiones.

Tal vez era eso lo que yo buscaba sin saberlo: la satisfacción de compartir, esa especial sensación de entregar a otros una parte de lo visto y lo sentido – y, también, de lo intuido, imaginado, soñado, atisbado, escuchado, inventado - durante años de mirar, pensar y sentir en hoteles, calles, puertos, apartamentos, estaciones de tren y aeropuertos; de entrar y salir de países lejanos y cercanos; de explorar lo cierto y lo verosímil; de indagar entre la vigilia y el sueño, entre lo proyectado y lo sucedido.

Y hacerlo no de cualquier forma sino de aquella que mejor permite la apropiación ajena, esa peculiar sensación de fantasía propia estimulada por la lectura de lo que escriben otros, y que yo sentí cuando de niño leía los primeros tebeos, los primeros cuentos infantiles, los primeros textos escolares de geografía e historia. Y, más que leerlos, los fabulaba.

Luego, me costaba recordar lo leído porque la fábula superpuesta por mi imaginación a la lectura se mostraba más densa, más resistente y “real” que la “realidad” contenida en aquellos textos. Y, con frecuencia, más interesante. Era una sensación curiosa, un desdoblamiento especial y simultáneo, que no afirmaba un tipo de realidad en detrimento de otra, sino que más bien las mezclaba de un modo tan atractivo como indescifrable.

Todavía la siento. Pues nada me parece más humano (y, en consecuencia, más real) que la fantasía. Solo ella nos ilumina y nos ayuda a seguir viviendo con ánimo explorador; a gozar cada hallazgo como un tesoro; a no cejar. En frase de filósofo célebre: a “buscar como quien espera hallar y a hallar como quien espera seguir buscando”

Creo que esto es lo que le importa al lector. No, si el autor tardó mucho o poco en escribir; o cómo lo hizo; o si decidió publicar antes o después; o si sus razones fueron unas u otras. El lector seguramente

desea que una obra literaria le haga evocar, pensar, sentir, imaginar, llorar, reflexionar, reír, recordar... Que le libre, siquiera en parte y por un rato, de los confines de su propia existencia y le ponga en contacto con personajes distintos a los de su cotidianidad. O, al menos, que le muestre ésta y a éstos bajo una luz distinta. Salvo casos extremos no se trata de huir de la realidad sino de ejercer el exclusivo privilegio humano de vivir varias, a veces muchas, vidas en el corto espacio de una sola.

Sospecho que al final del día, antes de irnos a dormir, todos esperamos que llegue alguien y nos cuente algo. Algo que nos estimule la imaginación, nos proponga un sueño para soñar, y nos anime a seguir viviendo. Algo que conjure el riesgo de que al despertar el dinosaurio de Monterroso aún siga ahí.

Ayer mismo, entre la mucha basura que a diario me entra en el correo electrónico (símbolo, diría Rosa Montero, del mundo actual) me llegó una perla, apócrifamente atribuida a Neruda, titulada *Vivamos*. Tiene que ver con la muerte lenta que, como ustedes saben, es la de la muerte

en vida (o la vida muerta) de quienes viven muriendo porque no pueden o no saben vivir. Se la resumo a mi modo: "Muere lentamente quien se transforma en esclavo del hábito; quien evita una pasión; quien prefiere los puntos sobre las "íes" a un remolino de emociones; quien no arriesga lo cierto por lo incierto; quien no se permite por lo menos una vez en la vida, huir de los consejos sensatos; quien no viaja; quien no lee; quien no oye música; quien destruye su amor propio; quien no se deja ayudar; quien pasa los días quejándose de su mala suerte o de la lluvia incesante; quien abandona un proyecto antes de iniciarlo, o no pregunta sobre un asunto que desconoce; quien no responde cuando le indagan sobre algo que sabe. Evitemos – proponía el mensaje - la muerte en suaves cuotas, recordando que estar vivo exige un esfuerzo mucho mayor que el simple hecho de respirar".

Los médicos deberíamos repetir más a menudo este consejo.

Hace unos días Antonio Tabucchi le escribió una necrológica a Manuel Vazquez Montalbán donde al final decía que "los escritores tienen una ventaja sobre los presentadores que cada noche hilvanan su cháchara en la televisión. Una vez apagada la pantalla sus palabras mueren. Los libros en cambio permanecen". Y concluía afirmando que, después de leerlos, siempre "podemos dejarlos a un lado para releerlos cuando nos parezca"

Ojala ustedes le otorguen a éste libro mío ese premio. No se me ocurre otro mejor.

Muchas gracias.

